

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

16 de mayo de 1891

Núm. 185



LA ENFERMA

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

YA escampa! ; Y llovían capuchinos de bronce!

Ya se acaba el parlamentarismo, y se constituye un parlamento en cada esquina.

Ya se va extinguendo el vicio fatal de la oratoria, y aparecen oradores de ambos sexos en menos que canta un gallo.

Esto es un *pandemonium*, una casa de orates, cuya consigna parece ser aquello de « ¡Cállese uno y hablen todos! »

Y, total, ¿para qué? Para repetir mil frases aprendidas en hojas sueltas, periódicos y folletos; para hacerse eco de ideas automáticamente asimiladas; para salir con las más extraordinarias patas de gallo, y para, en conclusión, no poder forzar ni en media atmósfera la presión de la locomotora del ferrocarril social, para valer-nos de un símil al diapasón de las circunstancias.

Porque, aunque parezca una perogrullada, ello es que lo que tiene que ser es, y lo que no puede ser no es, y una cosa que no puede ser es convertir el mar en limonada, los pinos en árboles de mazapán y los guijarros en pantalones.

Tengo el sentimiento de participar á los que no lo sepan, que al venir á este mundo no se tiene derecho á nada, ni nadie nos debe nada, ni la sociedad ni la Naturaleza. El sol sigue su curso sin inquietarse de si nos achicharra ó nos deja helados. Que uno tenga hambre no quiere decir que al momento deba regalársele una capa, y que uno desee esto ó lo otro no es ninguna razón para que se le dé. Pedir la felicidad... ¿qué digo?... simplemente el bienestar, es una tontería, y enfadarse porque no se consigue es una tontería mayor.

Sois jóvenes y os disponéis á entrar en la vida como quien entra en un comedor. Pues bien: probablemente estarán ocupados ya todos los sitios. Y esto no lo digo tan solamente por vosotros: lo digo por todos cuantos se empeñan en encontrar la felicidad en este mundo. ¡Ay Dios! ; Si lo natural no es la comida, sino el ayuno, y lo que es verdaderamente monstruoso es la felicidad y no el infortunio! Pero idles con eso á los que quieren hacer una Jauja de este planetilla de mala muerte.

La verdad es que la más sana filosofía que yo conozco es aquella frase del conde de no sé cuántos en *D. Francisco de Quevedo* de Eulogio Florentino Sanz:

«Me destierra, puede ahorcarme,
conque mejor que mejor.»

Gran cosa, en efecto, verse libre de ser ahorcado; gran consuelo el de el *mal menor*. Pensemos, para resignarnos, que muchos que



Los Reyes Magos

han valido más que nosotros lo han pasado peor. Estamos en este mundo como unos cuantos ratones en un bosque poblado de elefantes: no aspiremos á vencerles, sino á que no nos aplasten. Un día es vida: aprovechemos lo poquísimo bueno de que podamos disfrutar y demos gracias á Dios. Acostumbrémonos á sufrir convenientemente lo que no puede remediarse. En este mundo sólo

cosecharemos dolores, amarguras, sinsabores, tristezas, etc., etcétera, etc. Si nos encontramos en la cesta con algún granito de dicha, démonos por ricos y satisfechos. Buscar la felicidad absoluta, la dicha nivelada, el bienestar total, es disparatar. Procuremos vivir en paz, ya que la humanidad tiene tan formidables padrazos, y si por acaso, ante la contemplación de la Naturaleza, nos sentimos conmovidos por algunos momentos, no ambicionemos ya nada más: nos habremos elevado algo sobre el nivel de los brutos y habremos vivido.

Ya sé que esto que digo es triste, es *pesimista*, como dicen hoy; pero ¿qué culpa tengo yo de que sea la verdad? Por eso no me hubiera sentido yo con fuerzas para ir á predicar por esos mundos de Dios la manera infalible de ser feliz en esta vida, en esta vida hecha para que seamos infelices. ¡Pobres ciegos que están disputando, y aun dan palo de ídem, sobre cuáles son los colores más vistosos!

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

LA FLAUTA ENCANTADA

(Conclusión)

—¿Os sorprendéis? A fe que á menos precio nadie os cedería ni un ratón.

—Pedid otra cosa: dinero, alhajas, armas, lo que queráis.

—No tengo ambición: cada uno pide lo que le conviene. Yo siento en este instante los pies muy cansados, y lo que más me conviene es aflojarme la alpargata y volvérmela á poner. ¿No aceptáis mi condición? Yo me quedo entonces con mis liebres, vos con vuestros remilgos, y en paz.

La princesa sintió ansias de muerte; pero, convencida de que no tenía otro remedio que transigir ó quedarse sin la liebre, decidióse á descalzar al pastor y á cambiarle las alpargatas de pie, terminada cuya operación le fué entregada por Pablo la convenida pieza.

Encerróla la princesa en una cesta que á previsión llevaba, montó de nuevo en su modesta cabalgadura, y, despidiéndose del pastor, partió en dirección á la ciudad.

Un cuarto de hora llevaría recorrido cuando el pastor llevó la flauta á sus labios y se puso á tocar un aire del país. A los dos segundos de estar tocando, la liebre levantó la tapa de la cesta en que iba cautiva, echóse á tierra, y en un periquete se presentó al pastor.

Un instante después el anciano rey se presentaba á Pablo. Iba disfrazado de payés y caballero en un jumento. Saludó cordialmente al pastor, y, después



Flores de mayo

Ayuntamiento de Madrid

de cambiar algunas palabras indiferentes con él, le propuso si quería venderle una liebre.

—Y ¿cuánto pensáis ofrecerme por ella?—preguntó Pablo con gran indiferencia.

—Cuanto quieras,—contestó el rey.

—¿Cuanto quiera?

—Sí: pide y tú verás.

—Pues bien: para cederos una liebre es preciso que deis tres besos á la parte trasera del jumento que montáis.

—Pero ¿estás loco? ¡Besar yo la parte trasera de ese vil jumento! ¿Qué ganas con ello? Pide oro: tú eres pobre y puedo hacerte rico.

—No tengo ambición: me he criado en el campo y mis costumbres son algo agrestes. Conque, ó los besos ó no hay liebre, ya lo sabéis.

Esta exigencia repugnó, por demás, el orgullo del viejo soberano, el cual, persuadido de que no tenía otro remedio que ceder ó marcharse, optó por lo primero, recogiendo después una de las liebres, que guardó dentro de un saco. Echóse al hombro la improvisada carga, volvió grupas al jumento, y, después de despedirse del pastor, tomó el camino de la ciudad.

Pablo rióse del mejor humor al verle marchar con aire triunfal. Recurrió de nuevo á la mágica flauta, á cuyos maravillosos ecos rompiéronse las mallas del saco y escapó la liebre, recuperándola Pablo á los pocos segundos.

Ya en palacio, y despojados de sus disfraces el rey y su hija, tuvieron una entrevista. Ambos se engañaron en ella: ambos se dijeron que el oro y las riquezas no habían seducido al pastor.

—Sin embargo,—dijo el rey,—tengo seguridad en las dos pruebas que le reservo. Él podrá devolverme las cien liebres: resolver los dos restantes problemas, ni él ni nadie lo conseguirá. Hija mía, no serás pastora.

—Ya lo presumo, padre,—contestó la princesa;—porque estoy completamente convencida de que el pastor será rey.

Llegó la noche, y, cumpliendo lo pactado, Pablo entregó al rey las cien liebres.

—El primer punto,—dijo el monarca,—queda satisfactoriamente resuelto. Vamos ahora á la prueba número dos.

—A la que queráis, señor.

—Oye bien. En los altillos de este palacio tengo mis graneros. En ellos encontrarás una arroba de guisantes mezclada con una cantidad igual de lentejas. Pues bien: la segunda prueba consiste en que antes del amanecer ambas legumbres tienen que estar separadas, formando dos distintos montones. La operación tiene que hacerse á oscuras y quedar terminada antes que asome el primer rayo de luz.

—Se hará como deseáis.

El rey miró con desconfianza al rústico, invitándole luego á subir á los graneros.

Ya en ellos, le enseñó los granos aludidos, echó la llave en el cerrojo y lo dejó solo en la vasta habitación.

Pablo calculó que la noche se le venía encima, y que, por consiguiente, no tenía tiempo que perder. Recurrió á su prodigiosa flauta, y, apenas empezó á tocar, millares y millares de hormigas dieron comienzo á la comprometida tarea, dejándola terminada mucho antes del amanecer.

Cuando al otro día el rey subió á los graneros, su admiración no tuvo colmo. Lo estaba viendo, y, sin embargo, dudaba de la realidad. Pasado el estupor de la sorpresa,

—Eres un gran chico,—dijo á Pablo;—pero nos falta todavía la prueba más difícil de resolver.

—¿De qué se trata?

—De que durante la noche entres en la panadería de mi casa y te comas todo el pan que está elaborado para el consumo de una semana.

—¿Nada más?

—¿Te parece poco?—le preguntó el rey, asombrado.

—Cuanto á pan, no, señor, no me parece poco: cuanto á prueba, la calculo de mayores alcances.

El se sintió vivamente humillado, y para no dejar comprender su disgusto dejó de hablar con el pastor.

Al llegar la noche fué éste encerrado en la panadería. Los panes se contaban allí por centenares. Pablo recurrió á su flauta, y un verdadero ejército de ratones apareció á su presencia, devastando en un instante hasta la última migaja de pan.

La tercera prueba quedaba vencida como las anteriores. El rey, sin embargo, no se decidía á admitir á Pablo por yerno, y, deseando oponer algún entorpecimiento, tomó un saco en el que había algunas cuarteras de trigo, invitando á Pablo á que acabara de llenarlo de mentiras. Los cortesanos celebraron, regocijados, la ocurrencia del rey, y, formando corro en torno del monarca, se dispusieron á *correr* al pobre rústico con sus cuchufletas y chistes. Pablo adivinó la intención, y, mirando intencionadamente al rey,

—¿Mentiras queréis?—le preguntó.

—Sí, hombre: á ver dónde llega tu ingenio.

—Mi ingenio, señor, es muy corto; de suerte que con un par de mentiras lleno el saco.

—¿Con dos sólo?—exclamaron los cortesanos.—Pues á ver: dilas pronto.

—¡Y tan pronto! La otra tarde, estando yo guardando las cien liebres que el rey confió á mi cuidado, la princesa aquí presente se presentó á mi presencia pidiéndome que le cediese una liebre. Yo me resistí. Al fin, tanto rogó S. A., que cedí en darle una liebre con tal que se bajara á quitarme y volverme á poner las alpargatas. S. A. accedió, yo le di la liebre, y no fué culpa mía si la princesa no supo guardarla.

Los cortesanos se miraron con asombro. La princesa bajó los ojos, teñido



LOS PRINCIPIITOS
Ayuntamiento de Madrid



DE VUELTA DE BAÑARSE
Ayuntamiento de Madrid

el rostro de encendido color; pero, desconfiando el rey de la veracidad de lo que acababa de oír,

—El saco no está lleno todavía,—dijo;—puedes continuar contando.

—Pues ello fué,—continuó el pastor,—que, apenas la princesa se hubo marchado, vino á mi encuentro el rey su padre, vestido pobremente, con un saco á cuestas y caballero en escuálido pollino. También venía el rey en busca de una liebre. También me resistí yo á cedérsela. Al fin propuse mis condiciones, y figuraos, señores, al rey transigiendo y...

—¡Basta! ¡Basta!—gritó el rey.—El saco está completamente lleno: no coge ya nada más.

A los ocho días el pastor era príncipe real.

BENJAMÍN

RETRATO DE UNA VERDADERA MAESTRA

Las maestras que merecen ser citadas como modelo no escasean afortunadamente; pero no todas están calcadas por un mismo patrón. En este asunto, como en otros muchos, la bondad reviste diferentes formas que, sin embargo, tienen algo de común. Las dos cualidades que se manifiestan siempre en la buena maestra son: la vocación y el sacrificio. Decimos intencionadamente el *sacrificio* porque la palabra *abnegación* implica con frecuencia una idea de sujeción, de subordinación, de paciencia. La vocación es el gusto más pronunciado de la enseñanza, el atractivo escondido de la lección y sus resultados, que engendran todas las cualidades personales, como el carácter, la inteligencia, el temperamento y la constitución física. El espíritu de sacrificio es el que da origen á las otras cualidades, las que la maestra no posee naturalmente, y por cuya adquisición sabrá someter sus repugnancias.

Suponed estas dos virtudes primitivas en una maestra, y deduciréis inmediatamente que está acompañada de dos hermosas cualidades pedagógicas de primer orden, desarrolladas por grados diversos, cuya totalidad da un resultado notable, propio para formar un modelo, pero que indudablemente no llega á la perfección.

Tal maestra brillará por la alegría, la vivacidad y la variedad que sabrá dar á la enseñanza; otra maestra se distinguirá por su espíritu ordenado y metódico; una tercera se esforzará mucho por hacer penetrar en sus discípulas la ciencia en sus menores detalles, y otra obtendrá los mismos resultados interesándose y reservando, para cuando se presente la ocasión, el desarrollar en las niñas la acción por sí mismas.

Es, pues, difícil presentar, de una manera absoluta, el retrato de la maestra modelo. Nos limitaremos á mostrarla con ciertas cualidades comunes á todas las buenas maestras, y que, además de las dos superiores de que hemos hablado, bastan á darle ese carácter elevado que se manifiesta desde luego.

La maestra digna de servir de modelo ama profundamente á sus discípulas, y no sólo á aquellas hacia las cuales una simpatía secreta la atrae naturalmente, sino á todas sin excepción: á las buenas, que le proporcionan

satisfacciones; y á las malas, que no le proporcionan ninguna. Hé aquí cómo el espíritu de sacrificio aparece en primer lugar: es preciso que ame á estas últimas más, si es posible, que á las otras, á fin de corregirlas por la bondad, como el padre que prefería á su hijo pródigo y se regocijaba de verle entrar, por fin, en la buena vida, festejando su llegada. Ese era también el empeño de Bossuet.



Cuentos del abuelo

Tiene amor á la escuela, á ella va con gusto, y siempre en ella se encuentra bien. Las horas pasan demasiado rápidas, y si consulta el reloj es para calcular la medida de sus lecciones, no para acechar el momento de salida.

Está unida á la escuela, y sabe que de sus cuidados depende en parte la reputación del establecimiento. No escasea el tiempo, y prolonga sin pesar las horas reglamentarias cuando el bien general lo exige.

Ayuntamiento de Madrid

Ama á sus colegas, primero porque ve en ellos hermanos de profesión y juzga de su valor por el suyo propio, y después porque la más elemental educación quiere que la buena armonía reine entre las maestras de una misma escuela y las de una misma localidad.

Está dispuesta al sacrificio de su amor propio y de sus gustos, pronta á hacer todas las concesiones, todo lo necesario por la unión, la inteligencia, la concordia y la paz.

La buena maestra es sufrida y dulce: lo primero porque las dificultades no la desaniman, pues se une á las inteligencias más débiles hasta que la luz ha penetrado en ellas; lo segundo porque sabe que sobre este punto el ejemplo produce sus frutos, que su proceder será copiado por sus discípulas y, en definitiva, que la dulzura es la herencia de la mujer sufrida en oposición á la altanera.

La buena maestra es modesta en todos conceptos. Primeramente lo es en la delicadeza, para lo que evitará dos vicios. No asistirá excéntricamente compuesta á la clase, ni se presentará sin ataviar, pues su persona, tal vez más que sus palabras, es un medio de educación para sus discípulas. Ha de ser sencilla y rigurosamente limpia, lo cual no excluye, en verdad, la elegancia, y sí asegura el buen gusto.

En segundo lugar es modesta en sus aspiraciones, cumpliendo su deber con dignidad, sin querer hacerse valer ni hacer ostentación de sus méritos: en una palabra, sin vanidad, segura de que en un momento dado se descubrirá su valor y apreciarán sus servicios.

Esta maestra es instruída, y al decir instruída no se quiere decir que deba poseer necesariamente gran número de títulos, sino que ha adquirido, por la observación y la lectura, conocimientos variados, de los que sus discípulas aprovechan lo mejor, y que el deseo de perfeccionarse no se apague nunca, lo que le impedirá caer y le evitará adocenarse y aferrarse á sus procedimientos.

En fin, la buena maestra es exacta y ordenada: exacta porque conoce el valor del tiempo y que debe hacerlo conocer por el ejemplo; ordenada por la misma razón, y porque la idea de una persona descuidada que lleva la confusión á todos los asuntos es incompatible con la maestra modelo.

Habiendo dado el retrato casi perfecto de una maestra, no nos será difícil hacer la descripción de una escuela modelo.

En el conjunto de una escuela está impreso el reflejo del maestro ó maestra que la dirige. *Tales maestros, tales discípulos, tal clase*, es siempre la máxima pedagógica aplicable en todos los casos, y de la que la experiencia no nos permite dudar: verdadera hoy como lo será todavía mañana.

Por consiguiente, dejando á un lado la cuestión material, escuela modelo es aquella en que los discípulos obedecen con placer porque se sienten amados, trabajan con gusto bajo una dirección dulce, pero no débil ni vacilante; es aquella donde los castigos escasean, porque, ocupados siempre los discípulos en un trabajo que se saben hacer agradable, no tienen ni tiempo ni ocasión de caer en falta; donde el maestro busca la manera de establecer, en lo posible, el nivel de la instrucción entre sus educandos, en lugar de consagrar todos sus cuidados, como se hace algunas veces, á las inteligencias más selectas, destinadas á brillar en los exámenes con gran detrimento de otras que forman el mayor número; donde los discípulos han adquirido, bajo la inspiración de sus maestros, el hábito de orden, de limpieza, de exactitud; donde aprenden á amarse y á practicar entre ellos la cortesía, la bondad, la tolerancia y todas las virtudes sociales, que progresarán con ellos y les ayudarán á

soportar más tarde las miserias de la vida; donde se ven, en una palabra, sonrisas y no lágrimas, y donde todo respira honradez y el deseo de hacer bien.

Los maestros modelos no escasean, dijimos al principio.

Las maestras modelos, tampoco.

(De la Revista de Enseñanza de Buenos Aires)

NUESTROS GRABADOS

LA ENFERMA

Obra de misericordia es consolar á los enfermos, y así lo hace esa dignísima señora, revelando con ello ser tan buena como hermosa.

LOS REYES MAGOS

Es costumbre, en algunas partes, el día de la Epifanía, revestir los niños los tradicionales trajes de los Reyes Magos, ardid no poco á propósito para inculcar en los pequeñuelos la creencia en la verdad de que los buenos monarcas de Oriente se encargan de llenar de juguetes los zapatitos puestos al balcón. El grupo representado en nuestro grabado es todo lo pintoresco que se puede desear.

FLORES DE MAYO

Siendo este el tiempo de las flores, nada más natural que aprovecharse de ello para engalanarse, y á fe que nada hay que favorezca tanto, como lo tienen bien sabido todas las mujeres del mundo, y más que ningunas otras las españolas.

LOS PRINCIPITOS

Unos principitos muy guapos, como veis.

DE VUELTA DE BAÑARSE

Ya está ahí el señorito, que no hizo pasar mal rato á su familia con su larga ausencia. Explicado el caso, resultó que el héroe venía de la playa, donde había ido á bañarse con algunos amigos.

CUENTOS DEL ABUELO

No se cansa el chico de escuchar las narraciones del abuelo, inagotable arsenal de las más interesantes historias. ¡Dichosa edad aquella en que uno se contenta con cuentos morales y maravillosos, sin importársele un ardite la estricta realidad y verosimilitud de los acontecimientos relatados!

PLÁCIDO

Se llamaba *Plácido*, y este nombre constituía un sarcasmo, pues no le había más enfurruñado que él, ni perro de más pocos amigos. Así sucede también muchas veces en la especie humana.



CUENTOS ESLAVOS

LA BABA-YAGA

ERASE un matrimonio anciano. El marido enviudó y casóse en segundas nupcias; pero de la primera mujer tenía una hija, una hermosa muchacha, y ésta no agradó á su madrastra, que, prodigándole malos tratamientos, sólo pensaba en deshacerse de ella, aunque hubiese de ser matándola. Un día el padre salió y la madrastra dijo á la joven:

—Ve á casa de tu tía, mi hermana, y pídelas aguja é hilo para coserte una camisa.

Ahora bien: aquella tía era una Baba-Yaga; pero la joven no tenía nada de tonta y fué á casa de una verdadera tía suya, que la recibió cariñosamente, y á la cual dijo:

—La madre me ha mandado ir á casa de su hermana á pedir una aguja é hilo para coser una camisa.

—Voy á decirte lo que has de hacer,—contestó la tía.—En el lugar á donde te envían hay un abedul, una de cuyas ramas te inferiría una herida en el ojo, y para evitarlo es preciso que ates una cinta alrededor. También hay puertas que crujen y se abren y cierran violentamente, y á fin de no recibir un golpe echarás un poco de aceite en sus goznes. Además, verás unos perros que querrán destrozarte. Echales estos rollos que te doy, para que no te muerdan. Y, por último, hay un gato que te sacaría los ojos sin remedio; pero tú le darás este pedazo de tocino, y así te salvarás de sus uñas.

La muchacha se puso en camino, y, después de andar mucho tiempo, llegó á la choza donde vivía la Baba-Yaga.

—Buenos días, tía,—dijo la joven.

—Buenos los tengas, hija mía,—contestó la Baba-Yaga.—¿Qué te trae por aquí?

—Mi madre me envía para que me deis una aguja y un poco de hilo con que coser una camisa.

—Muy bien: siéntate é hila un poco entretanto.

La muchacha tomó asiento, en tanto que la Baba-Yaga salía, diciendo á su criada:

—Ve á calentar el baño, lava bien á mi sobrina y vigílala de cerca, porque quiero que hoy me sirva de almuerzo.

Entretanto la muchacha permanecía sentada, más muerta que viva, y al ver á la criada díjole con tono suplicante:

—Buena mujer, tened la bondad de humedecer la leña para el fuego en vez de quemarla, y traedme el agua para el baño en un cedazo. En recompensa os regalo este pañuelo.

La Baba-Yaga dejó pasar algún tiempo, y, asomándose después á la ventana, preguntó:

—¿Estás hilando aún, sobrina?

—Sí, tía.

Al oír esta contestación, la Baba-Yaga salió otra vez, y la muchacha, dando al gato un pedazo de tocino, preguntóle:

—¿No habrá medio alguno para escapar de aquí?

—Sí,—contestó el gato.—Tomad este peine y esta tohalla y marchaos. La Baba-Yaga os perseguirá, y para estar prevenida es preciso que apliquéis el oído á tierra. Cuando conozcáis que está próxima á alcanzaros arrojad la



tohalla, que se convertirá en un ancho río. Si la Baba-Yaga consigue cruzarlo y trata de cogeros, tan pronto como se acerque lanzad el peine, que se transformará en un espeso bosque, el cual no podrá cruzar vuestra enemiga.

La muchacha tomó la tohalla y el peine y huyó. Los perros la hubieran despedazado; pero dióles los rollos que llevaba y la dejaron pasar. Las puertas golpeaban contra su marco violentamente; mas la joven echó aceite en los goznes y cesó el ruido, y una rama de abedul habría hecho saltar sus ojos si la muchacha no hubiese atado una cinta en torno de ella.

Un momento después asomóse la Baba-Yaga de nuevo y preguntó:

—¿Estás hilando aún, sobrina?

—Sí, tía,—contestó el gato, que había ocupado el lugar de la joven.

La Baba-Yaga, comprendiendo que aquella voz no era de su sobrina, precipitóse en la choza, y, al ver que la muchacha había huido, comenzó á pegar al gato, maldiciéndole porque no había sacado los ojos á la fugitiva.

—Mientras os he servido,—dijo el gato,—nunca me disteis ni siquiera un hueso, al paso que ella me ha dado un pedazo de tocino.

Entonces la Baba-Yaga la emprendió con los perros, las puertas, el abedul y la criada, maltratándolos cuanto pudo.

—Mientras os hemos servido,—dijeron los perros,—no hemos recibido ni siquiera una corteza de pan, y ella nos ha dado tajadas.

Y las puertas dijeron á su vez:

—Mientras os hemos servido no habéis echado ni una gota de agua en nuestros goznes, al paso que ella los ha untado de aceite.

Y el árbol dijo:

—Desde que me utilizáis no habéis atado un solo hilo alrededor de mi tronco, mientras que ella ha puesto una cinta.

Y la criada dijo á su vez:

—Durante el tiempo que estoy á vuestro servicio jamás me disteis ni un trapo, y la joven me ha regalado un pañuelo.

Enfurecida la Baba-Yaga, saltó en su mortero, golpeándolo con la mano de almirez, y, barriendo con la escoba sus huellas, lanzóse en persecución de la muchacha. Esta última aplicaba su oído al suelo, y cuando conoció que la Baba-Yaga estaba muy cerca arrojó la tohalla, que al punto se convirtió en un ancho río. La perseguidora, rechinando los dientes, volvió á su choza á buscar sus bueyes, que, conducidos á la orilla del río, bebieron hasta la última gota de sus aguas, lo cual permitió á la Baba-Yaga continuar su persecución. Sin embargo, la joven aplicaba el oído á tierra á cada momento, y cuando conoció la proximidad de la Baba-Yaga arrojó el peine, que en el acto se convirtió en un espesísimo bosque. La Baba-Yaga quiso penetrar en él; mas no pudo abrirse paso y hubo de retroceder, mal de su grado, desahogando en furiosas invectivas su impotente despecho.

Entretanto el padre de la joven había vuelto á su casa, y lo primero que hizo fué preguntar por su hija.

—Ha ido á casa de su tía,—contestó la madrastra.

Poco después llegó la joven.

—¿Dónde has estado?—preguntó el padre.

—La madre me envió á casa de mi tía á pedir una aguja é hilo para coserme una camisa; pero la tía es una Baba-Yaga y quiso devorarme.

—Y ¿cómo te has salvado, hija mía?

La muchacha contó lo que le había sucedido, y, no pudiendo él contener su cólera al oír esto, mató á la madrastra de un tiro, y desde entonces padre é hija vivieron felices y contentos.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 33, pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. = NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA